AÑO VII. 15 DE JUNIO DE 1875. NUM. 12.

EL ESPIRITISMO.

REVISTA QUINCENAL.

Se publica en Sevilla el 1.º y 15 de cada mes.

DIÁLOGOS.

(Continuacion.) (1)

XI.

—Una promesa tengo que cumplir, querido amigo; una deuda sagrada tengo que satisfacer á tu amistad y tu cariño, y héme dispuesto á ello antes de separarnos nuevamente.

Hace algunos dias que refiriéndome á los efectos producidos en mi sér por la profesion de la nueva doctrina que á tu enseñanza debo, y tambien á las favorables circunstancias de mis pretensiones amorosas, te dige era «casi feliz». Pues bien; hoy con mayor motivo lo repito: Soy casi feliz amigo mio. La esperanza positiva que las nuevas idéas hàn despertado en mi espíritu, van produciendo su efecto en mi manera de ser.

Ya no soy el egoista que todo lo refiere á su presente bienestar y apaga sus naturales afecciones para alejarse de la influencia del sufrimiento ageno. Ya no soy el ambicioso que anhelaba acumular riquezas aun á costa del sacrificio de los demás para asegurarse una vida tranquila y de placeres. Las puertas del infinito abiertas

(1) Véase el número anterior.

ante la mirada de mi alma han cambiado por completo el curso de sus aspiraciones, despertando en mi sér un nuevo sentimiento que hasta ahora permaneció latente. Hoy contemplo la vida en todas partes, admiro cuanto me rodea, amo á mis semejantes, y cruzo mucho más tranquilo el agitado mar de esta existencia sin temerle á las tempestades ni al naufragio. Y, ¿qué puede todo importarnos ante la segura perspectiva de una existencia eterna?....

Nacer y morir: hé aquí el gran problema. Vivir infinitamente: hé aquí su solucion. Nacer, vivir en los mundos. Morir, vivir en los espacios que separan á los mundos. Vivir siempre; esa es nuestra más preciosa garantía, nuestra más preciosa esperanza, nuestra constante felicidad. Y para vivir siempre y que la vida no canse, se aprecie y se desee, es necesario vivir en todas las formas de la vida aspirando en cada una de ellas á otra forma mejor y más perfecta.

La existencia actual con que brinda este planeta, es triste y penosa en general. Aun haciendo caso omiso de esa infinidad de séres que por la esterilidad de los paises en que nacen y viven, por las enfermedades que padecen y las luchas que sostienen con la crudeza natural de los climas y la miseria, se encuentran sumergidos en un incesante sufrimiento, y refiriéndonos á los ricos, á los saludables, á los poderosos, á los séres que consideramos felices, ¿qué bienes les rodean? ¿qué satisfacciones les acompañan? ¿qué placeres sienten?...... ¡Ah!...... si bien lo meditamos muy pocos ó ningunos: en realidad nada satisface por completo: es todo lo bueno tan pasagero!... es el placer tan sumamente transitorio é impuro, que hasta el momento en que nos es concedido, se mezclan con él sensaciones desagradables y dolorosas. Aquí no hay alegria sin tristeza, ni goce sin dolor, ni risa sin llanto: todo cuanto en este mundo nos halaga es instantáneo; ligeras ráfagas de fresca y aromada brisa que pasan veloces por nosotros dejándonos de nuevo abrasar en la ardiente lava de las pasiones, de los deseos y de los vicios. Si cualquiera de los sentidos acusa á tu alma gratas sensaciones, tienes que abandonarlas instantáneamente, porque su uso se limita á la más mínima expresion: ¿abusas un momento? ¿tratas de prolongar alguna sensacion que te complace?... el malestar, la enfermedad, la crítica social, todo, en fin, lo que puede molestarte cae sobre tí como amenazadora tormenta, anunciándote que te has extralimitado, que te has excedido de lo que por tus

condiciones te mereces. ¿Quieres hacer gozar al alma en el sentimiento más sublime y natural?... Ama, despierta una pasion profunda, báñate en todos sus encantos, abandónate á sus dulces ilusiones, y... pronto vendrán obstáculos, impaciencias, penas, dolores y llanto que empañarán tu dicha, que anublarán tu alegria, que herirán tu placer, que matarán tu felicidad. Y es que indudablemente venimos á expiar, venimos á sufrir, venimos á desarrollar las aptitudes de gozar, y necesitamos percibir las sensaciones menos buenas, y aún hartarnos de sentirlas, para poder más tarde apreciar en toda su intension las sensaciones más buenas, de las que en la existencia humana actual sólo vislumbramos algunos débiles destellos como otros tantos excitantes que nos imprimen fuerzas para no desfallecer, para no estacionarnos, para proseguir el infinito camino que forzosamente tenemos que recorrer, donde se conquista la verdadera dicha y la permanente felicidad.

Y en tan seguros y evidentes conceptos, ¿por qué temer á la muerte?... Verdad es que hay séres, y no pocos por desgracia, cuya forma de vida aún no les resuelve con toda claridad este problema; y creyendo que la tumba es el término del hombre, temen morir. ¡Desgraciados!... ¡Cómo ahora los compadezco!... ¡Temerle á la muerte que es el despertar á nueva vida!..... Con cuánto placer les manifestaria á mis antiguos compañeros de creencia mis nuevas ideas respecto de lo que es la muerte!... La muerte, les diria, no es en realidad otra cosa que la paralizacion de las funciones orgánicas, bien por la descomposicion de la máquina animal, bien por la extincion de la potencia vital que le impulsaba al movimiento. Muchas son las causas productoras de este fenómeno en el primer caso indicado, y cuando no obedece á la descomposicion textural de algun órgano indispensable para la vida, puede haberse verificado por la carencia de los elementos adecuados para entretener en incesante actividad la renovacion sustancial. Sabido es que cada especie de séres necesita elementos especiales de vida, y que la falta de ellos les produce la muerte; pero de cualquier manera que sea, por cualquier motivo que provenga, siempre es la cesacion del movimiento orgánico.

Una vez terminada la vida de un cuerpo, el espíritu que moraba en él desata sus lazos y se separa de aquel organismo ya impotente para su manifestacion, legándole solamente los flúidos atmosféricos de que revistiera su periespíritu al encarnar, y la parte

densa del flúido periespiritual que sea más afinitiva á aquellas que al espíritu, segun el grado de perfeccionamiento que en la encarnacion haya adquirido, ó lo que es igual, segun la aptitud desarrollada para percibir el efecto de las influencias exteriores: porque la densidad fluídica del periespíritu debe estar siempre en relacion directa de la aptitud perceptiva del espíritu. Así es, que al abandonar el espíritu al cuerpo que le sirvió de instrumento durante el período de la existencia humana, se lleva consigo la parte individualizadora que en los espacios debe servirle de motor al agente de su voluntad. El cuerpo entonces privado del elemento típico directriz y de las funciones renovadoras, queda abandonado á la fuerza coercitiva y expuesto á las influencias atmosféricas que, ejerciendo accion química sobre él, lo descompone en sustancias sólidas, líquidas y gaseosas, devolviendo á cada elemento los principios de que se apoderó para formarse y entretener la vida; principios que, modificados en condiciones adecuadas, se adhieren á otros cuerpos donde la afinidad química les atrae. Nada perece, ó mejor dicho, nada se anonada: las descomposiciones que en lo que llamamos un cadáver se verifican, producidas en su principio por la fermentacion pútrida, transforman lo que fué nuestra carne y nuestros huesos en los elementos mismos de que se componen; y como nada existe en la inactividad, el ácido carbónico, el nitrógeno y el amoniaco, el vapor acuoso y algunas otras sustancias gascificadas, prestan su contingente á la atmósfera; así como el sodio y la cal, combinados con el cloro y con el fósforo, quedan en la tierra para fecundarla de nuevo en la vejetacion, base de todo producto y desarrollo animal.

¿Qué es en consecuencia la muerte, mas que la descomposicion de lo compuesto? El hombre es una dualidad, un producto de dos principios: *Cuerpo* y *alma*; el cuerpo es á su vez otro producto de várias sustancias; una causa cualquiera hace incompatible la síntesis, y la unidad aparente se trasforma en varias unidades; los simples se van separando unos de otros, rompen su consorcio que yá no cumplen bjeto, se independencian entre si y prosiguen sus evoluciones naturales en otra forma útil para el desarrollo de su esencia.

La primera evolucion que en el cadáver se verifica, es la concentracion en el cerebro de la esencia sensible, que no recibiendo yá las influencias de la vida, cesa en su radiacion anímica y atrae hácia el punto de mayor adherencia las fuerzas intermediarias

conductoras de la sensacion, para alejarse, revestida de ellas, de un organismo yá incapaz por su estado de propagarle las vibraciones de todo contacto exterior, y de obedecer á los impulsos de las mismas fuerzas, movidas por la voluntad para realizar manifestacion alguna. El flúido periespirital, ántes distribuido por todo el sistema nervioso y constituyendo la esencia de la vida orgánica, posee la tendencia de una forma, de la misma tal vez que produjo y conservó por algun tiempo, y al eliminarse del cuerpo inerte que abandona, atraido por el espíritu de que forma parte integrante, la afectará, determinando el contorno del organismo en que vivió.

Tal es hoy mi creencia, amigos mios; tal es hoy mi fé, y esta fé y esta creencia me hacen, por el más importante concepto, ser casi feliz.

—Mucho me place tan radical trasformacion en tus idéas, y te aconsejo que así las manifiestes á tus amigos materialistas siempre que favorable ocasion encuentres para ello; pero omitiendo el concepto de la *fé*, tanto por ser palabra que en el materialismo no tiene significacion alguna, cuanto porque son de mayor efecto y mejores resultados los argumentos de ciencia y de razon. Con esta observacion no es mi ánimo, como comprenderás, negarte la existencia de la *fé razonable*, si en semejante forma se le quiere así llamar; mas como la fé alegórica la representan ciega y la teología ha mistificado su acepcion cristiana, considero poco conveniente el uso de dicha frase tratándose de nuestra filosofía puramente científica y racionalista, cuando existen palabras más expresivas y exactas que indiquen el *convencimiento moral* de las cosas por las operaciones de la razon.

Además, querido amigo; si la *fé* como virtud teologal exige absoluta é incondicional confianza en lo que *(creado por los hombres)* se supone emanado de Dios: si exige total abandono y abnegacion completa del propio sér y de la opinion propia, obligando á la abdicacion del *yo* para la participacion de un bien cualquiera, la *fé religiosa*, la *virtud teológica* son una *fé* y una *virtud* absurdas é indignas de figurar en toda filosofía que reclame la lógica por su principio y ostente por lemas las preciosas máximas: «*Conócete á ti mismo*» y «*Hácia Dios por la caridad y por la ciencia.*»

—Es muy cierto cuanto dices; y por más que no supongas se albergan en mi espíritu tan vulgares creencias, puesto que las que

en la actualidad poseo te consta han penetrado en mi alma por la fuerza de la razon, voy, aunque prolongue algo esta digresion, á manifestarte mis idéas respecto de la *fé*. Precisamente hace pocos dias he tenido que tratar este asunto, y voy á referirte el motivo, intentando al propio tiempo reproducir lo más exactamente posible mis palabras.

Disertando amistosamente con un adepto del sistema religioso *católico-romano*, al que habiéndole demostrado evidentemente el absurdo de la existencia del *diablo* como sér real, á quien exclusivamente, y como por costumbre tienen, atribuia los fenómenos fisio-psicológicos, le inutilicé toda clase de argumentacion razonable y lógica; entonces me objetó, como último y más poderoso recurso, la necesidad de la fé recomendada por su iglesia ante la cual, decia, toda razon era especiosa; mas como para su aplicacion se fundamentase en la filosofía del cristianismo, que por tu recomendacion estudio detenidamente, le respondí de esta manera:

«La fé es, pues, la sustancia de las cosas que se esperan, *argumento de las cosas* que no aparecen.» (1)

Luego *la fé es la que nos presenta los bienes infinitos que nos esperan; la antorcha que nos ilumina para que conozcamos las verdades sublimes que no podiamos descubrir por nosotros mismos.*

Luego la fé será la razon extraña á la nuestra que ilumina nuestra propia razon para hacerle conocer lo que ignoraba.

Luego la fé será la creencia de lo que nos ha sido revelado ó enseñado, que ántes nos era desconocido.

Luego la fé será el conocimiento de una cosa, ó el asentimiento de veracidad á lo que se nos enseña, por comprenderlo lógico, conveniente y necesario.

Luego la fé será la evidencia de las cosas por el conocimiento de las mismas y la razon de su verdad.

Revelacion, conocimiento y razon.—Esta es la fé racional.

Revelacion, conocimiento y aceptacion.—Esta es la fé irracional.

Pongamos dos ejemplos:

Se nos asegura que existe un sér malo por naturaleza, que ántes era por naturaleza bueno, y que su mision es producir infinita-

---

(1) Hebreos XI, 1.

mente el mal, oponiéndose al objeto de Dios y destruyendo sus obras.

Tenemos yá el conocimiento de esta enseñanza ó revelacion, y discurrimos sobre ella, diciendo:

Dios, bien absoluto, causa de todo, no puede crear el mal sin dejar de ser bien, sin dejar de ser Dios.

Mas áun cuando se quisiera conceder dicho absurdo, lo que naturalmente es bueno, no puede tornarse en naturalmente malo; porque entonces la naturaleza no seria estable ni su Autor inmutable. La inmutabilidad no puede crear la ley del capricho sin dejar de ser inmutabilidad, sin dejar de ser Dios.

Y aunque tambien se quisiera conceder este segundo absurdo, resulta que, «Dios nuestro salvador quiere que todos los hombres sean salvos y que vengan al conocimiento de la verdad» (1): lo que se opone al objeto y voluntad de Dios, es superior á Dios, y consecuentemente el verdadero Dios.

Despues de estas y otras muchísimas deducciones que puede la inteligencia hacer sobre este punto, la razon rechaza la existencia de ese *sér malo*, por consiguiente su conocimiento y su enseñanza.

La fé en este caso no tiene efecto, por cuanto la cosa revelada no se evidencia por la razon de su verdad.

«No querais creer á todo espíritu, mas ved ántes si los espíritus son de Dios.»

Ó lo que es igual: no creais todo lo que os enseñen ó revelen los hombres y los espíritus, sino cercioraros ántes de si los espíritus y los hombres conocen la verdad y viven en ella.

La aceptacion de la enseñanza propuesta, sin pensar, discurrir y razonar sobre su conocimiento, seria indudablemente la aceptacion del error, y por consecuencia, la fé irracional.

Pero en la *fé racional* cabe aún otro término, que no debe pasar desapercibido. Este consiste en la aceptacion de lo desconocido por *la razon evidente de su existencia.*

Las nociones de Dios, la eternidad y el infinito pertenecen á dicho término, pues áun cuando la experiencia sensible no las conozca, la razon enseña que no habiendo razon para negarlas, deben indudablemente existir.»

En semejante respuesta encontrarás explicada la fé racional que acepto, y que creo de acuerdo con tus opiniones expuestas.

(1) 1.ª Timot. II, 4.

—Estoy en un todo conforme con tu manera de apreciar la cuestion de la fé, y me place oirte discurrir con tan esquisito tacto y extricta lógica. En prueba de ello, voy á hacerte algunas observaciones á fin de que las resuelvas con arreglo á tu excelente criterio.

—Gracias, querido amigo; pero... ¿me vas á poner á prueba?... ¿no es cierto? Bien merezco una derrota por haberme extralimitado en el uso de la palabra discurriendo sobre lo que á tí solo competia para explicármelo. Justísimo castigo á una falta en que por cierto no volveré á incurrir. Sea como gustes; objeta lo que quieras; pero sin olvidar el grado de exigencia que puede tener un ilustrado profesor de su atrasado discípulo.

—La modestia, es consecuencia natural de verdadero talento ó de elevada virtud: elige de esta máxima para tí lo que más te plazca, y escúchame con atencion.

De tu cuadro sobre la existencia humana en la Tierra deduces, aunque implícitamente, un progreso y una responsabilidad inherentes al sér; mas como la responsabilidad implica absoluta libertad de eleccion, y el progreso universal es una ley de la naturaleza, aparecen á primera vista contradictorios ámbos términos. ¿Cómo los conciliarias?

—Árdua es en verdad esta cuestion para improvisar una respuesta. Cierto que todo cuanto existe tiende á un fin natural; lo que no posee conciencia marcha hácia él automáticamente; lo que la posee tiene la responsabilidad de su progreso, y para ser responsable de un acto, se necesita libertad; pero.... la voluntad es, la fuerza electiva que por iniciacion del conocimiento, ó funcionando acorde con la inteligencia, obra independientemente de toda ley universal, al parecer.

—Entonces eludiria tambien la ley de responsabilidad.

—Es cierto.

—Pero aún hay más: la libertad misma, es una necesidad, es una ley, y por consecuencia ni la voluntad ni el conocimiento á que la atribuyes son expontáneos en el sér; luego la libertad es forzosa.

—Aclara más tu objecion, á ver si puedo resolverla.

—Asi lo haré.

Para llegar el espíritu á su fin definitivo, tiene que realizar un infinito de fines accidentales.

Para poder realizar un fin cualquiera, es indispensable conocerlo.

La necesidad que impulsa á la realizacion de cada fin, es, pues, la ley que conduce al espíritu á desarrollar la inteligencia.

Para poder penetrar la inteligencia un fin que aún no le pertenece porque no lo ha realizado, necesita verificar un esfuerzo, necesita quererlo.

La necesidad que impulsa al conocimiento de cada fin accidental para poder adquirirlo y poseerlo, es la ley que conduce al espíritu á desarrollar la voluntad.

Luego si el desarrollo de la inteligencia y de la voluntad obedecen á una necesidad de la naturaleza, ¿dónde está la libertad del hombre y consecuentemente su responsabilidad?

—En la circunstancia de que la necesidad de progreso en el sér inteligente, es *absoluta fuera del tiempo*, en el infinito; pero *relativa* en cada uno de los infinitos fines accidentales que han de realizar su fin definitivo.

La responsabilidad del espíritu está, *en el tiempo que tarda en realizar la necesidad de su naturaleza.*

—Perfectamente, amigo mio; no existe otra razon conciliatoria de la necesidad y de la libertad, que la que acabas de exponer. En efecto; al hombre le es absolutamente necesario perfeccionarse y progresar; pero la naturaleza no le fija tiempo alguno para ello, y el espíritu cuenta con el infinito á su disposicion para cumplimentar la ley.

La responsabilidad es propia é individual, puesto que afectando cada grado de progreso un grado de felicidad, el interés, el deber y el compromiso los tiene el sér consigo mismo, porque suyos, exclusivamente suyos, han de ser los resultados de su actividad y su trabajo.

(*Se continuará*).

MANUEL GONZALEZ.

EL ESPIRITISMO Y LA CIENCIA.

El universo es el reino de la libertad y del infinito.

Para pintarle con exactitud, sería preciso que el pensamien

humano se revistiese de aquellas cualidades en grado igual á la grandeza y majestad de la creacion.

Esto es imposible: lo limitado no va más allá de su limitacion.

Pero la observacion y la limitacion acumuladas con el tiempo concentrando todo el poderio de la inteligencia humana, han llegado al conocimiento de la conexion que existe entre las fuerzas del universo.

La intuicion de esas relaciones produjo el sentimiento íntimo de su mútua dependencia.

Y el vago presentimiento de la armonía y del órden del universo, despues del estudio de las mutaciones continuas é incesantes dentro de la invariabilidad de las leyes universales, se presenta hoy como el resultado de largas y profundas observaciones.

En los albores de la reflexion, en la primitiva sencillez de las edades infantes, el hombre vé con asombro pero sin curiosidad el desarrollo de la organizacion y la pacífica y no interrumpida sucesion de los fenómenos celestes.

El cielo dela noche, con toda su espléndida magnificencia, se le presenta como un grande espectáculo destinado meramente al goce de su contemplacion.

En la civilizacion ya más adelantada, llega, impulsado por el afan de saber que crea la ciencia, al conocimiento seguro y exacto de los fenómenos.

Entónces no es sólo simple y pasivo espectador, sino observador profundo que compila y anota hechos para extender siempre más allá la investigacion.

Designa y mide esas enormes masas á cuyo lado es insignificante el planeta que habita; las prodigiosas distancias que separan unas de otras, la duracion de sus revoluciones; y sus observaciones y estudios no se detienen ni ante la imponente maravilla de esas pálidas nebulosas donde hay ó se elaboran tal vez mundos ó sistemas de mundos.

Las creaciones vagas y poéticas del hombre le llevan á la adivinacion, y entre múltiples errores tal vez no presiente más que una incompleta verdad; la existencia de uno ó muchos dioses creadores, pero que están á muy poca mayor altura que el hombre.

¡Qué grandeza puede haber en el cielo que casi toca con la mano, y que cree poder escalar!

Á las preocupaciones primeras, revestidas con el velo del misticismo, suceden la combinacion y el raciocinio que compulsan el valor de las observaciones.

Al símbolo, á la metáfora y al lenguaje figurado, sucede la elaboracion de la inteligencia.

Y en el cielo azul que aparecia sólo como un cuadro para recrear la vista, lee aquella «la unidad en la diversidad de fenómenos, la armonía entre todas las cosas creadas, desemejantes en su forma, en su constitucion propia y en las fuerzas que las animan; el Todo (τὸ πᾶν) penetrado por un soplo de vida.»

Así como á la impresion independiente del conocimiento intimo de los fenómenos físicos, sucede la imágen de lo infinito que revela la estrellada bóveda extendida en nuestro derredor; así al conocimiento de la magnitud de las masas y de la lucha ó movimiento de los elementos, que nos dan la astronomia y ciencias físicas, sucede la investigacion de otras leyes de órden superior.

Las leyes morales dictadas para el espíritu.

Ávido siempre el hombre por ensanchar la esfera de sus conocimientos, que elevan la inteligencia, se ha lanzado en la investigacion de aquellas leyes, apoyándose en las leyes físicas que yá le son conocidas.

Las escenas del universo llenas de magnificencia, la contemplacion de esas noches de majestuosa calma durante las cuales vé en unas zonas el centelleo de las estrellas ó mundos, y en otros la apacibilísima luz planetaria ofrecieron pábulo á la imaginacion creadora, que, en el libre ejercicio de su poder, presintió la existencia de almas, de espíritus como el que anima al hombre, en los mundos suspendidos del espacio infinito.

En esos, al parecer, sueños de la imaginacion—realmente irradiacion del espíritu que penetra hasta donde las leyes universales le permiten,—cuando la ignorancia anubla los horizontes, sólo se crean fantásticas é inverosímiles concepciones; pero cuando la inteligencia ilustrada los preside y produce, presiéntense ideales verdaderos, y por tanto realidades.

Á su impulso la inmensidad se anima, y en el conjunto centellante de los astros percibe la imaginacion el centelleo de las miradas de esas humanidades que pueblan los infinitos mundos, de esos séres inimaginables, que nos rodean compartiendo con nosotros el tiempo y el espacio, que se precipitan como nosotro

hácia el mismo fin, que cumplen así los juicios de Dios, en el verdadero valle de Josafat, que es el universo, y que en el inmenso océano de luz *enarrant gloriam Dei.*

Estos presentimientos no son yá el símbolo de las creaciones fantásticas é inverosímiles de la edad de la ignorancia, sino las realidades del universo material y del universo moral, del universo producto de Dios, cuya relacion absoluta no conocemos todavía.

Sí; ese universo, ante cuya impenetrable majestad se inclinaban los patriarcas de la Caldea y la Mesopotamia, la ciencia, al sondear el infinito en el espacio, le ha hecho más grande, más proporcionado á la sublimidad del Autor; su grandeza y su magnificencia narran mejor actualmente la gloria de Dios, que lo inundó todo con su infinito amor, constituyendo un órden soberanamente sábio, justo y bueno.

Y si todo esto se presentaba ántes confuso y sin contornos entre la vaporosa bruma de la imaginacion no exclarecida por la ciencia, hoy ha adquirido verdad y vida, y más adelante se nos presentará con los rasgos característicos que sólo se pronuncian cuando el conocimiento es perfecto y completo.

Lo que por largo tiempo, dice un célebre físico, ha sido mero objeto de vaga inspiracion, llega por fin poco á poco á alcanzar la evidencia de una verdad positiva; y el hombre pugna por encontrar, como con expresion gráfica escribió el inmortal poeta Schiller, «el polo inmutable en medio de la eterna fluctuacion de las cosas creadas.»

La clave para descifrar los enigmas al alcance de nuestra comprension, nos la ofrece el espiritismo.

La incógnita que en primer término aparece en los más grandes y trascendentales problemas que se nos presentan, es el lazo que existe entre el mundo visible y el mundo invisible.

Este mundo aparece para muchos, para la generalidad, como simple producto de una concepcion meramente ideal.

No extrañemos que esto suceda; pero tampoco debe extrañarse que nosotros lo afirmamos como una realidad, cuando en nuestro apoyo vienen la ciencia y la observacion.

¿Quién hasta ahora presentó más completo el cuadro del universo que el Espiritismo? Ningun físico, ningun filósofo; ninguna teoría, ninguna teogonía.

¿Y por qué?

Porque el físico se aisló en la observacion, el filósofo en la abstraccion; la teoría se encerró en la idealidad pura, la teogonía en el símbolo y el misterio.

Rompiendo todas esas barreras, el espiritismo enlaza lo ideal y lo real, la ciencia y la religion.

Así engrandece sus miras presentes que son el fruto de la investigacion y del trabajo del pensamiento, y sus miras ulteriores, que son el progreso infinito hácia la verdad, Dios.

Con el botánico estudia desde el movimiento de las celdillas vegetales, hasta el encadenamiento íntimo de las formas orgánicas.

Con el zoólogo examina la cadena del reino animal en sus relaciones órgano-gráficas y en sus relaciones fisiológicas.

Con el geólogo penetra en las capas sucesivas que describen la formacion de un planeta.

Con el físico mide las hondas luminosas de desigual longitud que se refuerzan ó destruyen por interferencia, hasta en sus acciones químicas.

Con el químico intenta sorprender en las acciones y reacciones, ora naturales, ora provocadas, una verdad más para eslabonarla en la série de leyes conocidas, ó para formular otras nuevas.

Con el astrónomo, en fin, penetra en la bóveda sembrada de nebulosas y tachonada de estrellas, en los espacios celestes.

Y con esos instrumentos de poderoso alcance, que descomponen en estrellas fajas nebulosas situadas á incomensurables distancias, si circunscribe la gran nebulosa á que pertenece nuestro sistema solar, es para mostrarnos el más allá que huye y se aleja á medida que las potencias ópticas aumentan.

Lo mismo que se estudian las variaciones locales de los movimientos atmosféricos y de la distribucion de las formas orgánicas en nuestro planeta, estúdianse la individualidad de formas, la diversidad de fuerzas y la excesiva complicacion de fenómenos, para llegar al conocimiento íntimo y racional de las fuerzas que obran en el mundo material.

El estudio de los organismos terrestres, despues de la incesante acumulacion de observaciones, reduce las formas de vida á un corto número de tipos fundamentales; el estudio de la materia aglomerada en cuerpos celestes, descubre, ya en la marcha calcu-

lada de los cometas, ya en la múltiple atraccion de las estrellas múltiples, ya en los fenómenos que espia á través de aparentes contradicciones y de perturbaciones simultáneas, leyes á las cuales se encadenan naturalmente los fenómenos.

La consideracion de cada organismo como una parte de la creacion entera, obliga á conocer el eslabonamiento de los séres; y allí donde falta algun eslabon, no hallado ni aún en las esferas estinguidas, es porque no llegaron todavía los conocimientos positivos. Pero no por eso se presume que falta en el plan inmensamente sábio de la creacion, sino que, ántes por el contrario, se presiente su existencia y no se desesperanza de encontrarlo, del mismo modo que se han enlazado, como formas ó tipos de transicion, formas orgánicas del reino animal y del reino vegetal que habian quedado aisladas.

La consideracion de las masas celestes en su desarrollo cósmico y en sus movimientos, careciendo del estudio circunstanciado y especial, necesario para adquirir la claridad indispensable á la solucion de la multitud y variedad de problemas que presenta, se apoya sin embargo en la astronomía física y matemática, y al paso que vá resolviendo algunos de aquellos problemas, fecunda la inteligencia y ensancha la esfera de las idéas.

De ahi que lo que en el principio de las ciencias eran fenómenos aislados, segun se han ido uniendo entre si con lazos más numerosos y más íntimos, desarrollaron verdades generales, y los más sublimes trabajos matemáticos y astronómicos, por ejemplo, redujeron la extructura de los cielos á un simple problema de mecánica. No diremos que al sentar esto se haya pronunciado en ese órden la última palabra; pero sí que de esa manera la inteligencia comprende racionalmente lo que se escapa á la debilidad de los sentidos, imprimiendo al mismo tiempo un carácter de grandeza y majestad al estudio del universo.

Avanzando en la mútua dependencia de los fenómenos de todos los órdenes, á pesar ó en virtud de los brillantes progresos debidos á los tiempos modernos, comenzaba á dejarse sentir la falta de enlace entre algunos fenómenos, lo cual hizo presentir nuevos descubrimientos necesarios al desarrollo progresivo de la ciencia y de la humanidad.

En tal estado aparece el espiritismo, que aunando el conjunto de los hechos recogidos por la ciencia y sometidos á las operacio-

nes del entendimiento que compara y combina, y las abstracciones de la ciencia puramente racional, que se eleva á las más altas regiones sintéticas, tiende á alcanzar la unidad en el desarrollo de los grandes fenómenos del universo, enlazando al propio tiempo los del órden moral y del órden material.

Sometidos los hechos materiales y fenómenos físicos, y los hechos morales y acontecimientos históricos al trabajo de la inteligencia que se remonta por el rociocinio á sus causas, se observan las fuerzas inherentes á la materia y las que rigen el mundo moral, ejerciendo su accion que patentiza la conexion de los fenómenos de uno y otro órden.

Y al remontarse las ciencias físicas, que estudian las propiedades de la materia, á la existencia de las leyes y su generalizacion progresiva, se encuentran con las ciencias metafísicas, que estudian las propiedades del espíritu.

Los físicos temieron traspasar ciertos límiles en sus estudios, y los filósofos se han atrevido á marcarles hasta donde debian llegar sus explicaciones.

Aquel temor y esta vacilacion contribuyen tambien indudablemente á la falta de enlace que ántes deciamos comienza á notarse entre algunos fenómenos.

El espiritismo, pues, que es luz, promete guiarnos por los vastos espacios de la creacion.

Sigámosle con confianza; sus fuerzas las toma de la inteligencia y del corazon, de la razon y el sentimiento que la divina sabiduría dió como faros al espíritu; su guia es la ciencia.

Merced al espiritismo, lo que en el círculo de horizontes estrechos permanecia inexplicable, se presenta perfectamente claro de improviso.

Merced al espiritismo se descubren nuevos horizontes.

Merced al espiritismo se completaran lo que hoy aparecen sólo como ciertas fases del desarrollo normal.

Merced al espiritismo, se destruirá la preponderancía de la materia, que resulta de considerar inhabitados los infinitos mundos, preponderancia que no puede existir dado el equilibrio del contraste de las fuerzas.

Merced al espiritismo, en fin, se descubre y estudia la solidaridad á que responde la obra de Dios.

Y todo ¿por qué?

Porque el espiritismo se da la mano con la ciencia, confundiéndose dentro de la misma aspiracion en la tendencia á las concepciones generales.

Y los hombres que, por estar encerrados hoy en un circulo estrecho, desconocen ó desprecian el espiritismo, se avergonzarán un dia de haber desconocido ó despreciado lo que llegará á ser patrimonio de todas las clases, difundiendo la ciencia, la verdad, y propagando el bien, la virtud.

Y la ciencia y la virtud, necesidades imperiosas en épocas, como la presente, y las conquistas de la inteligencia del hombre sobre la materia y sobre el espíritu que, por una providencial conexion de causas y efectos, coinciden en la verdad, la belleza y el bien, señalarán el progreso de las sociedades humanas en relacion con los demás mundos y las demás humanidades.

Y desde el punto del universo donde se hallen quienes califican hoy, con desprecio presuntuoso ó con desden injustificado, de investigaciones ridículas, los estudios espiritistas, y de creencias supersticiosas, renovacion de la antigüedad, la fé, inquebrantable por que es racional, en los hechos que caen bajo el dominio de quien quiera estudiarlos y en los principios á cuya verdad y necesidad tiene que doblegarse la razon; desde el punto donde se hallen, decimos, los que pretenden olvidar que la observacion de un fenómeno que al principio aparece completamente aislado ó quizá como una quimera, encierra por lo comun el gérmen de un gran descubrimiento, verán que á pesar de sus negaciones subsisten las afirmaciones fundamentales del espiritismo, porque el universo, que es el reino de la libertad y el infinito, «no conoce, segun la feliz espresion de Goethe, detencion ni reposo en su impulso eternamente recibido y trasmitido, y ha puesto el sello de su maldicion á todo lo que retarda ó suspende el movimiento.»

T-S.

EL BUEN SENTIDO.

Muchas veces nos hemos detenido á reflexionar sobre la significacion de ese criterio universal que se designa generalmente con el nombre de «Buen Sentido.»

Creémos que cuanto sabe el hombre, y cuanto llegará á saber, es efecto del desarrollo laborioso de un gérmen de razon de que viene dotado todo espiritu á su salida del seno del Creador.

La Sabiduria Infinita de quien parte ese destello infinitesimal, la Sabiduria Infinita será siempre el objeto de la aspiracion individual de cada gérmen finito, creciéndose paulatinamente por poseerla.

La luz tenderá incesantemente á comunicarse con La Luz increada, á través de la materia más ó ménos densa que se opondrá á su trabajo para hacer efectiva y real su adquisicion en esa penosa gimnasia.

Las fuerzas subjetivas existen en el espiritu; las objetivas son las leyes que rigen en la espléndida creacion presente á sus miradas.

Hombres especiales se dedican al estudio de esas leyes, descubren algunas y las exponen y formulan en elocuentes, atractivos libros, que sirven al progreso de la razon humana, que los escucha, y á quien hace reflexionar.

Pero esos libros están escritos en general en términos técnicos peculiares de la ciencia, y sus fórmulas y elevado estilo no se hallan al alcance de la inmensa mayoria de los hombres que no han tenido ocasion de frecuentar las áulas académicas.

Y decimos nosotros: ¿es posible que esa gran mayoria de la especie humana haya de estar condenada á ignorar siempre y ser desgraciada, por el solo hecho de no haber podido ser cientifica?

¿No habrá términos hábiles de hacer accesible á su razon el sentido claro de las leyes y problemas que más interesan á su progreso?

¿Las verdades cientificas perderán algo de su fuerza, cuando se vean expuestas en los términos y con las palabras del trato comun?

En suma, ¿el saber adquirido por el buen sentido será de menor precio y valor, que el posesionado de los hombres de la ciencia y de las sutilezas metafísicas?

¿No habrá escritores que se quieran dedicar á vulgarizar la ciencia, presentando su exposicion y demostraciones accesibles al buen sentido?

Respetando, como respetamos y admiramos á los hombres cientificos, ingeniosos y elocuentes; creemos que los que tomen sobre

si el cargo de ilustrar á las masas del pueblo, poniendo á su alcance los conocimientos que más interesan á su progreso, y principalmente á su progreso moral, en términos claros y usuales y con imágenes de fácil comprension; harán un servicio señalado, el más provechoso para sacar á flote en el cenagoso mar de sus infortunios á esta pobre humanidad que padece, desheredada á los ojos del mundo.

Demostracion de la existencia de Dios por El Buen Sentido.

Cuando varias y opuestas opiniones se presentan á solicitar el asentimiento de las gentes sobre determinada materia, oye cada cual las razones que se exponen, reflexiona y compara con los conocimientos que ha adquirido por experiencia, y juzga con arreglo á estos, y al sentimiento íntimo de su conciencia, de qué parte se halla la razon entre aquellas opiniones.

Un orador elocuente, valiéndose de las galas de su imaginacion y de los resortes que conoce y posée para mover las pasiones del corazon humano, defenderá y ganará una causa injusta.

Un materialista científico anatomizará la materia en sus partes más diminutas, y no habiendo hallado en ella á Dios ni al alma, deducirá y afirmará con aplomo, que no existe Dios ni existe el alma.

Está bien.

Pero el hombre de buen sentido no sabe refutar uno por uno los razonamientos expuestos en términos científicos cuya significacion apenas conoce.

Pero sabe replegarse á si mismo, concentrarse y reflexionar.

Cuanto me rodea—se dice—me habla el lenguaje del órden, que jamás se desmiente ni equivoca. Los astros siguen su curso sujetos á severa invariable regla: los hombres nacen por siempre en número proporcionado al número de mujeres: los nacimientos y las muertes naturales se equilibran, con tendencia evidente al crecimiento de la especie: todo cuanto veo y observo lo hallo eslabonado como los anillos de una cadena, conduciendo á llenar un fin previsto y ordenado. La observacion de este órden es para mí un lenguaje expresivo que manifiesta á mi razon la existencia de un Ordena dor, y á este Ordenador le llamo Dios.

Pero el materialista me opone que él tambien halla las mismas leyes, pero que mientras el Legislador no se le manifieste palpa-

ble, como se le manifiesta un libro y el autor del libro, ó un relo y el relojero que lo fabrica, no quiere él creer en la existencia de un Artífice de los mundos, mientras no lo vea con sus ojos de carne.

Está bien.

Veamos ahora de hallar un sentimiento innegable, apoyado en la razon, cuya fuerza de conviccion sea superior á toda otra fuerza.

Yo—dice el hombre—yo he deshonrado, por medio del anónimo, y reducido á la miseria á una familia, de quien me he fingido amigo. Nadie, absolutamente nadie más que yo sabe que soy el autor de esa deshonra inmerecida. Si no hay un poder oculto, pero real y efectivo, que sea superior á mi poder, tranquilo y sosegado puedo estar, puesto que de los hombres nada tengo que temer, porque estoy seguro de que ignoran mi proceder.

Y, sin embargo, no sucede así. Independiente del temor á los hombres, y bien á pesar mio, surge en mi sér, con insistencia tenaz, la intranquilidad y el consiguiente dolor, y una voz muda pero efectiva, señala como causa de esa intranquilidad mi deslealtad, y un criterio, que yo no quiero que sea mio, me juzga en mi interior como injusto, criminal y sujeto á reparacion.

¿Qué poder es este que yo deseo desconocer, y que sin embargo me domina y me obliga á torturarme por el remordimiento y el dolor, que mi voluntad procura alejar con todas sus fuerzas sin llegar á conseguirlo? ¿Qué voluntad es esta que subyuga á mi voluntad y la obliga á depender de ella?

¿Qué luz, qué razon es esa que alumbra nuevamente mi conciencia y me obliga á calificar de crímen y sujeto á la expiacion un hecho que mi razon calificaba de indiferente y sin responsabilidad moral?

¡Ah! Por cierto que esta fuerza y esta luz, que esta voluntad y esta razon, si bien reflejadas en mi sér, no son la voluntad y la razon de mi sér, porque estas aman invenciblemente el bienestar, y aquellas me conducen al sufrimiento...

Ahora bien: si la voluntad y la razon son atributos esenciales de mi sér, y esos atributos revelan necesariamente la existencia de mi esencia, ¿cuando hallo reflejados en mi atributos superiores á los mios, no me revelará ese reflejo, que siento, la existencia de un sér superior al mio?

Positivamente: si existen los atributos, existe EL SÉR: existe Dios.

Y este sencillo razonamiento sacado del sentimiento grabado en mi sér con buril de fuego es irrecusable, y la conviccion que de él nace es más profunda y de mayor fuerza que la que adquirir puedo con toda la ingeniosidad de las hipóstasis teológicas, con las sutilezas Scotistas, con toda la riqueza de argumentos y thesis del descollante talento de Santo Tomás; con toda la profundidad abismal de conceptos de un Kant y de un Schelling. Y no serian bastantes á destruirlo todas las exposiciones y demostraciones de los Spinosas, los Büchner, los Moleschott y demás caterva de científicos materialistas.

Los que niegan el poder de la conciencia lo niegan *con los lábios:* pero en su interior se representa un drama en que son actores secretos Dios y la conciencia. El que fuera capaz de vencer á su conciencia, que es el reflejo de la voluntad de Dios: el que poseyera fuerza para vencer á su conciencia *de hecho*, no con los lábios y con la altanera mirada del orgullo insensato; el que fuera vencedor de su conciencia, habria vencido á Dios, y podría negar su existencia.—Tantead ahora si eso es posible.

JUAN MARIN Y CONTRERAS.

SENTENCIA CONTRA GALILEO.

«Nos *Gaspar* tituli S. Crucis Hierosolymæ, *Borgia.*

«*Frater Felix Centinus* tituli S. Anastasiæ, dictus de *Asculo.*

«*Guidus* tituli S. Mariæ Populi, Bentivolus.

«*Frater Desiderius Scaglia* tituli S. Caroli, dictus *de Cremona.*

«*Frater Antonius Barberinus,* dictus S. Onophrii.

«*Landivius Zacchia* tituli S. Petri in Vinculis, dictus *S. Sixti.*

«*Belingerius* tituli S. Augustini, *Gypsius.*

»*Fabricius* S. Laurentii in pane et perua *Verospius,* dictus pres»byter.

«*Franciscus* S. Laurentii in Damaso Barbarinus, etc.

«*Martinus* S. Mariæ Novæ *Ginettus,* Diaconi, Per Misericordiam »Dei Sanctæ Rom. Eccl. Cardinales in universa Republica Chris»tiana contra hæreticam pravitatem Inquisitores Generales á S. »Sede Apostólica specialiter deputati.»

«Habiendo, tú Galileo, hijo de Vicente Galileo, florentino, de »edad de 70 años, *sido denunciado en* 1615 *á este Santo Oficio*;

»por tener en concepto de verdadera la falsa doctrina propues»ta por muchos autores: á saber, que el sol está inmóvil en el »centro del mundo, y que la tierra se mueve con movimiento »diario:

»*Item*, por haber tenido discípulos á los que enseñabas la misma »doctrina:

»*Item*, por haber sostenido correspondencia con varios matemá»ticos de Alemania sobre el mismo objeto:

»*Item*, por haber publicado ciertas cartas relativas á las man»chas del sol, en las que explicabas dicha doctrina como »si fuese verdadera:

»*Item*, por haber contestado á las objeciones que se te oponian »con textos de la Santa Escritura, glosando dicha Escri»tura segun tu manera especial:

»Y teniendo además á la vista un ejemplar de cierta carta, que »se decia escrita por tí á uno de tus discípulos, y en la cual, mos»trándote siempre partidario de Copérnico, interpretas algunas »proposiciones contra el sentido y la autoridad de la Santa Escri»tura:

»El Santo Tribunal, queriendo prevenir los inconvenientes y »los males que de aquí provienen y se multiplican con gran detri»mento de la Santa Fé, de órden de N. S. y de los eminentísimos »señores Cardenales de esta suprema y universal Inquisicion, ha »hecho calificar por los Teólogos Calificadores, en estos términos, »las dos proposiciones siguientes:

»*Decir que el sol está en el centro del mundo é inmóvil de movimien»to local, es una proposicion absurda y falsa en Filosofía, y formal»mente herética porque es espresamente contraria á la Sagrada Escri»tura.*

»*Decir que la tierra no está en el centro del mundo, y que no está »inmóvil, sino que se mueve con movimiento diario, es asimismo una »proposicion absurda y falsa en Filosofía, y considerada teológicamen»te, por lo menos errónea en la fé.*

»Pero como al mismo tiempo nos era grato proceder contra ti »con beniguidad, se resolvió en la Santa Congregacion celebrada »ante N. S. el 25 de febrero de 1616, que el Eminentísimo señor »Cardenal Bellarmino te intimase *órden de renunciar completamente*

»*á dicha falsa doctrina*, de no *enseñarla á los demás, ni defenderla, ni* »»*ocuparte de ella;* y que de no acatar este precepto, serias puesto »en prision.

»Para la ejecucion de este decreto, al dia siguiente en Palacio, »en presencia del susodicho Eminentísimo señor Cardenal, des»pues de haber sido amonestado benignamente por él, recibiste »del Santo Oficio, en presencia de un notario y testigos, órden de »desistir por completo de la dicha falsa teoría, y de que en adelan»te te estaba prohibido defenderla ó enseñarla, como quiera que »fuese, ya de viva voz, ya por escrito; y habiendo prometido obe»diencia, se te dejó en libertad *(dimissus fuisti.)*

»*Y para hacer que desaparezca enteramente una tan falsa doctrina,* »*y para contener los progresos de un error tan perjudicial á la verdad* »*católica, publicó un decreto la sagrada congregacion del Indice, por el* »*cual fueron prohibidos todos los libros que tratasen en cualquier senti*»*do de esta doctrina; y fué además declarada falsa y completamente con*»*traria á la Sagrada y Divina Escritura.*

»Por último, habiéndose publicado en Florencia el año próxi»mo pasado un libro, cuyo título mostraba que tú eras el autor, »puesto que decia así: *Diálogo di Galileo Galilei delle due massime* »*sisteme del mondo, Tolemaico é Copernicano;* y habiendo la Sagrada »Congregacion conocido que la publicacion de dicho libro *fortifica*»*ba cada dia mas la falsa opinion del movimiento de la tierra y de la* »*inmovilidad del sol,* se examinó aquel cuidadosamente, y se halló »que era una trasgresion manifiesta del decreto, cuyo cumplimien»to se te intimó: que además en dicho libro defendias la *opinion* »*condenada*, ó como tal, proclamada en tu presencia; si bien por »varios rodeos, procurabas persuadir que aun quedaba indecisa, »aunque expresamente probable; *lo que no es un gravísimo error,* »*pues puede ser probable una opinion que ha sido ya declarada y defini*»*da como contraria á la Divina Escritura.*

»Por estos motivos, y por órden nuestra, has sido traido al »Santo Oficio, en el que, examinado bajo juramento, has recono»cido dicho libro como escrito y publicado por tí; has confesado »haberlo comenzado doce años ha próximamente, despues de reci»bida la susodicha intimacion, y que, al pedir permiso para publi»carlo no has advertido á los que habian de concederte tal permi»so, que te estaba prohibido sustentar, defender, ó enseñar de »cualquier modo que fuese, semejante doctrina.

»Has confesado asímismo, que muchos pasajes de dicho libro »están compuestos de manera, que los argumentos en favor de la »falsa doctrina, mas bien persuaden que predisponen el ánimo á su »refutacion; si bien te escusas de haber caido en tal error, ageno »á tu intencion, por la forma dialogada del libro, y por la inclina- »cion natural en todo hombre de mostrarse mas ingenioso y sutil »que el comun de las gentes, sosteniendo y haciendo que parezca »probable una proposicion falsa.

»Y como se te habia concedido un término para redactar tu de- »fensa, has presentado una carta de S. E. el cardenal Bellarmino, »que habias obtenido de él, para defenderte de las calumnias de »tus enemigos, los cuales propalaban que habias tenido que abju- »rar, y que habias sufrido castigo por el Santo Oficio. Dicha carta »manifiesta que ni has abjurado, ni has sufrido pena alguna, sino »que te fué significada la declaracion hecha por N. S. y promulga- »da por la Congregacion del Indice, la cual declaracion contenia *»que la doctrina del movimiento de la tierra, y de la inmovilidad del sol »es contraria á las Santas Escrituras, y que no es lícito ni profesarla ni »defenderla;* y fundado en dicha carta alegas que como no aparece »en ella la prohibicion de enseñar la expresada doctrina de cual- »quier modo que sea, es natural que en el curso de 14 ó 16 años »hayas olvidado esta particularidad, razon por la que nada has di- »cho al impetrar el permiso para publicar tu libro: y que con esto »no tratas de escusar tu error, que en todo caso debe imputarse á »una vana ambicion mas bien que á malicia. Pero este mismo cer- »tificado que presentas en tu defensa, solo sirve para empeorar tu »causa, puesto que en él se dice que la expresada opinion es con- »traria á la Santa Escritura, y sin embargo has osado tratar de ella »y defenderla, y aun aconsejarla como probable; y observa que la »autorizacion que has obtenido por engaño y sorpresa, no puede »servirte de escusa, puesto que al obtenerla no has dado á conocer »la prohibicion que te ha sido impuesta.

»Y como nos ha parecido que no decias toda la verdad respecto á tus »intenciones, hemos juzgado necesario acudir á un exámen rigoroso de »tu persona, (indica vimus necesse esse venire ad rigorosum exámen tui) »en cuyo exámen, á pesar de lo que has confesado, y de lo que resulta »contra tí relativamente á la intencion, ha respondido católicamente.

»Atendiendo á todo lo cual, vistos y considerados los méritos »de esta tu causa, así como las ya dichas confesiones y descargos,

»y cuanto debe verse y considerarse en derecho, hemos formula-»do contra tí la sentencia definitiva, cuya copia dice de este modo:

»Despues de invocar el Santísimo nombre de Nuestro Señor »Jesucristo, y el de su gloriosísima Madre siempre virgen, por es-»ta nuestra sentencia definitiva, y desde este nuestro tribunal, ase-»sorados con el parecer y juicio de los Reverendos maestros de »Sagrada Teologia y de los Doctores en ambos derechos, respecto »á la causa y causas debatidas ante nos, entre el magnífico Cárlos »Sincero, Doctor en ambos derechos y procurador del Santo Ofi-»cio, por una parte; y por otra tú Galileo, acusado inquirido en el »presente proceso escrito, *examinado* y confeso, como queda dicho:

»decimos, juzgamos y declaramos, que tú, el ya dicho Galileo, »por las causas deducidas del proceso escrito, y que has confesado »*te has hecho vehemente sospechoso de heregía al Santo Oficio, en cuan-»to has creido y profesado la doctrina falsa y contraria á las Divinas »Escrituras, á saber: que el sol es el centro de la órbita terrestre, que no »se mueve de Oriente á Occidente, que la tierra se mueve, y que no está »en el centro del mundo;* asi como por haber creido que puede soste-»nerse y defenderse como probable una opinion despues de haber »sido declarada contraria á la Santa Escritura, y que, en su conse-»cuencia, has incurrido en todas las censuras y penas estatuidas y »promulgadas por los Sagrados Cánones y otras constituciones ge-»nerales y particulares contra delincuentes como tú; de las cuales »censuras y penas, sin embargo, nos place absolverte con tal que »préviamente, con sincero corazon y verdadera fé, abjures ante »nos, maldigas y detestes los dichos errores y heregias, asi como »otros cualesquiera contrarios á la Iglesia Católica y Apostólica »Romana, segun la fórmula que te será presentada por Nos.

»Pero á fin que este grave y pernicioso error, y trasgresion de »tu parte, no quede completamente impune, para que seas mas »circunspecto en adelante, y para que sirvas de ejemplo á los de-»más, y de este modo se abstengan de semejantes delitos, decre-»tamos que el libro de los *Diálogos de Galileo* sea prohibido por »edicto público, y te condenamos á prision formal en este Santo »Oficio por tiempo limitado á nuestra voluntad, y á título de salu-»dable penitencia te ordenamos, que durante tres años recites una »vez por semana los siete salmos penitenciales; reservándonos la »facultad de moderar, cambiar ó anular en todo ó en parte, las di-»chas penas y penitencias.

«Y asi decimos, pronunciamos, y por sentencia declaramos, »estatuimos, condenamos segun este ú otro cualquier modo ó fór- »mula mejor, como de derecho podemos y debemos.

»Así nos pronunciamos, Nosotros los Cardenales infrascritos,

»F. Cardinalis de *Asculo*.

»G. Cardinalis *Bentivolus*.

»F. Cardinalis de *Cremona*,

»Fr. Antonius Cardinalis S. Onaphrii.

»B. Cardinalis Gypsius.

»F. Cardinalis Verospius.

»M. Cardinalis Ginetus.»

El texto latino de dos de los párrafos principales, es el siguiente:

»Solem esse in centro Mundi; et immobilem motu locali, pro- »positio absurda, et falsa in Philosophia, et formaliter hæretica; »quia est expresse contraria Sacræ Scripturæ.»

»Terram non esse centrum Mundi, nec immobilem, sed mo- »veri motu etiam diurno, est item propositio, absurda, et falsa in »Philosophia, et theologice considerata, ad minus erronea in »Fide.»

III *Abjuracion de Galileo segun la fórmula impuesta por el tribunal:*

»Yo Galileo Galilei, hijo de Vicente Galileo, florentino, de 70 »años de edad, constituido personalmente en juicio, y arrodillado »ante vosotros Eminentisimos y Reverendisimos señores Carde- »nales de la República universal Cristiana, Inquisidores generales »contra la malicia herética; teniendo ante mis ojos los sacrosantos »Evangelios, que toco con mis manos, juro que siempre he creido, »que creo ahora, y que Dios mediante creeré en lo futuro, todo »cuanto sostiene, predica y enseña la Santa Iglesia Católica y »Apostólica Romana. Mas en razon á que este Santo Oficio me »habia juridicamente intimado que abandonase por completo la »falsa opinion que afirma que el sol está en el centro del mundo y »que está inmóvil, y que la tierra no está en el centro y que se »mueve; á que yo no podia ni profesarla, ni defenderla, ni ense- »ñarla, de cualquier modo que fuese, ya de viva voz, ya por es- »crito; á que despues de haberse puesto en mi conocimiento que »dicha doctrina es contraria á la Santa Escritura, he escrito y he- »cho imprimir un libro en el cual trato dicha doctrina condenada, »y presento razones eficaces en su favor, sin llegar á ninguna so-

»lucion definitiva; por todas estas razones *he sido juzgado como ve- »hementemente sospechoso de heregía por haber sostenido y creido que »el sol está en el centro é inmóvil y que la tierra no está en el centro y se »mueve.*

»En su consecuencia, deseando borrar del ánimo de Vuestras »Eminencias y del de todo cristiano católico esta vehemente sos- »pecha con razon concebida contra mí, con sincero corazon y fé »verdadera *abjuro, maldigo y detesto los susodichos errores y heregías;* »asi como cualquiera otro error ó secta contrarios á la Santa Igle- »sia, y juro que en adelante no diré, ni afirmaré de viva voz ó por »escrito, nada que pueda despertar contra mí semejantes sospe- »chas, *y que si conozco algun herético ó sospechoso de heregía, lo denun- »ciaré á este Santo Oficio, ó al Inquisidor, ó al Ordinario del lugar en »que me halle;* juro además y prometo que cumpliré y observaré »plenamente todas las penitencias que me han sido impuestas en »el Santo Oficio, y si llego á faltar á alguna de mis palabras, pro- »mesas, protestas y juramentos, lo que Dios no permita,

»Me someto á todas las *penas y suplicios* que por los Santos Cá- »nones y otras constituciones generales y particulares, han sido »estatuidos y promulgados contra tales delincuentes: así Dios ven- »ga en mi ayuda y sus Santos Evangelios, que toco con mis pro- »pias manos.

»Yo Galileo Galilei el susodicho, abjuro, juro, prometo y me »obligo como antes, en fé de lo cual con mi propia mano firmo la »presente abjuracion, y la recito palabra por palabra. Roma, en el »convento de la Minerva, á 22 de Junio de 1633.»



DISERTACIONES ESPIRITISTAS.

CENTRO ESPIRITISTA DE CÁDIZ.

24 *de Mayo de* 1875.

COMUNICACION OBTENIDA POR BOMHOME.

La vida, la muerte, el sepulcro, la cuna: hé aquí la organizacion interna del alma en sus infinitas manifestaciones, en la matea universal.

Los infinitos modos del Espíritu en sus evoluciones infinitas, que organiza sus fuerzas en la electricidad emitida de la fuerza

inteligente, cuerpo que, sin movimiento, sin coincidencia, yaceria en el vacio, si el Espiritu no alimentara esa mole inmensa, agrupada en formas mil en los infinitos espacios, y la modelara, la formara, la educara, y la hiciera participe de sus inclinaciones y de sus afectos.

Las idéas, los pueblos y los siglos, se suceden y se precipitan; pero el reloj suspendido en el Cielo, no cambia jamás su curso en la eternidad; es siempre el punto donde llegan todas las inteligencias, y á donde miran todos los hombres.

¿Qué son todos los pueblos de la tierra, agrupados en revoluciones infinitas, y destrozando hoy, lo que ayer edificaron, y destruyendo mañana, lo que hoy adoraron? Destruyéndose siempre y aniquilándose á si mismos y propalando nuevas idéas y nuevos errores, se amalgaman en confuso tropel las fuerzas vivas de la inteligencia, que aniquila el bien obrar. ¡Cruel incertidumbre es esta!

No echemos una ojeada sobre el pasado, que oscura presenta á los ojos del mortal, una idéa que los siglos olvidaron para siempre, para no salir del seno de la muerte.

¿Qué son todos los tiempos de vuestras edades, comparándolos con la eternidad, á vuestra corta existencia? ¿Qué son esas innumerables etapas de vuestra vida carnal, comparadas con un punto de la vida libre?

Aquí, miserias, ruinas, desolacion, y el caos; la negacion, el ser y no ser confundidos, lloros, risas, sarcasmos y religiones; oropel revuelto en confuso torbellino que pasa para educar á vuestro Espiritu en la escuela del sufrimiento, y la espiacion, consecuencia funesta, pero necesaria á vuestro progreso donde estais.

La tierra, ese pequeño grano de arena de la inmensidad de los espacios ¿qué es, comparada á esas grandes atalayas del mundo extra-terrestre, lumbreras de Dios y faros de inteligencias libres? Pequeño átomo desprendido del gas universal. ¡Oh tierra! tú eres el vestido viejo del Espiritu, el sepulcro de todas las idéas, la encarnacion del vicio, la podredumbre, la tristeza del Espiritu; tú eres la nube que empaña el sol de la dicha de las almas nobles. ¡Oh tierra! Sin embargo, tus hijos quieren poseer contigo todos los sistemas físicos y morales, y tener á Dios dentro de sus sistemas, pretendiendo resolver con sus argumentaciones sofisticas los pro-

blemas de la vida, resolviéndolos por la materia, destruyendo de esa manera los gérmenes de moral, y aniquilando cuanto de santo y de noble ha estampado Dios en la frente del hombre, para que escriba allí un punto de su historia infinita y aprenda á conocerlo.

¿Cómo fijar nuestro Espíritu en contemplacion para adorarle? ¿Cómo reconcentrar todas las idéas para examinar su grandeza y hacer culto santo á su Divinidad sublime? Los hombres todos; los Espíritus que en la inmensidad vuelan para proteger y amparar á los desgraciados; aquellos que se pierden en la noche de los tiempos porque nacieron de la mente del Señor, y viven donde no llegó hombre jamás, no pueden definirle, porque la semejanza no llega á un cálculo exacto de la Divinidad, á quien aman, y de quien han recibido los bienes todos para su carrera inmortal, y su progreso infinito.

Dios será cada dia para vosotros el problema de siempre. Dios será para vosotros siempre, el problema de vuestra encarnacion y de vuestra vida: será, el nacimiento de vuestro Espíritu que lo conducirá á eterna gloria: será siempre el vivísimo rayo de luz que, brotando de la inmensidad y escondiéndose allí donde jamás el Espíritu soñar pueda, constantemente le ayudará con la fuerza de la fé y de la esperanza: él le salvará, y le hará vivir entre los escogidos.

Ayudad á vuestros hermanos desgraciados; trabajad mucho, porque la obra de la redencion es la obra de Dios. Venis al mundo para compartir los azares de la vida mortal, con vuestros hermanos desgraciados.

¿Sabeis de donde venis? ¿Sabeis por qué la luz primera del mundo tierra, alumbra vuestros pasos?

No podeis saberlo, es un problema para vosotros.

¿Podreis explicaros de donde venís? ¡Imposible! como imposible es comprender la grandeza y magestad de Dios, y la sublimidad de cuanto existe.

Adorad á Dios, porque sois imágen suya: amad á vuestros hermanos, porque sois todos hijos de Dios.

Amparad á los tristes, porque de estos es el Reino de los Cielos.

Dad pan al hambriento, porque estos son los escogidos del señor, y todos, algun dia, llegareis donde Dios ha depositado las grandezas del infinito.

Un Espiritu.

VARIEDADES.

SUEÑOS.

La inhumacion.—Cuento fantástico.

¿Quieres, alma mia, que te describa aquella noche?.. ¡sea! El recuerdo una vez más despierto, será nuestra expiacion una vez más.

Largo rato estuvimos con él detrás de la puerta grande; la noche era muy oscura, pero pasaba mucha gente, y á cada momento nuevas pisadas nos obligaban á contener la anhelosa respiracion para no ser descubiertos. Uno y otro teníamos miedo.... ¡mucho miedo! tú llorabas; yo blasfemaba... porque uno y otro éramos entonces cobardes. ¡El crímen acobarda tanto!

Á altas horas todo quedó en silencio; pudimos abrir la puerta, pero muy despacio, porque rechinaba..... ¡hacía tanto tiempo que no se abria!

Quise encender una linterna; en vano; el viento la apagó dos veces. Hubimos de levantarle á oscuras, y sentiamos gotear su sangre en las losas. Tú le tomastes por los piés; yo por la cabeza: pesaba mucho. Al salir, resbalé en la sangre, y tú creyendo que se habia movido, gritaste. El perro nos oyó entonces, y nos aterró con sus ladridos, pero como te conocia, calló al poco rato.

Ya en la calle solitaria, dudábamos dónde llevarle, si al rio ó al bosque: esto nos pareció más seguro, y penetramos en el jardin por el portillo de la tapia, y le atravesamos. Te fatigabas tanto, que cada diez pasos te detenias á respirar, y en cada descanso pisaba yo luego un charco de sangre.

Oimos ruido: no podiamos ocultarnos, y aguardamos sin soltarle, con la resignacion desesperada de la fiera cogida en un cepo. Cesaron los pasos; no debia ser una persona, ó era algun ladron. Esto nos salvó.

Llegamos al bosque por la avenida de los tilos; á la derecha, donde hoy está el estanque, habia un bosquecillo de zarzas y allí le dejamos: no podias ir más lejos.

Yo fuí á buscar una azada, y tú á lavarte las manos en la fuente, porque la sangre te horrorizaba: volví antes que tú, y mi primer azadonazo te sobresaltó tanto que caiste en la fuente y gritaste de nuevo: esta vez nadie nos oyó. Cavé largo rato; á veces me querias ayudar pero te faltaban al momento las fuerzas: yo

tambien estaba ya rendido. Por fin la fosa tuvo más de un metro y nos pareció bastante: le hicimos rodar y cayó pesadamente al fondo.... ¿Te acuerdas? ¡Cómo nos heló aquel sordo ruido!

Empezamos en seguida á cubrirle de tierra, tú con las manos; yo con la azada... ¡cosa horrible! ¿te acuerdas? Parecia flotar en la tierra movida como un tronco seco en agua cenagosa.... cada vez que metiamos las manos, le tocábamos más cerca sí, *pero sin tierra encima jamás*. Se nos concluyó la que habiamos sacado: él estaba á flor de tierra y no podiamos más.

La fiebre me sostuvo: tomé la azada y cavé otra fosa más profunda: tú me mirabas estúpidamente sentada y temblando. Cuando terminé volvimos á rodarle, cayó al fondo, y le arrojamos encima todas las piedras que hubimos á mano.... ¡era inútil! Flotaba lo mismo en ellas que en la tierra movida.

Volvió á quedar á flor de tierra: yo ya no sentia cansancio: la azada silbaba en mis manos como un junco, y en pocos minutos cabé de nuevo la sepultura. Diez hombres no hubiesen hecho lo que yo aquella noche.

Le arrojamos de nuevo, y para contenerle mejor, me bajé con él y le sujete con mis piés. Tú cogistes la azada y nos empezastes á cubrir. Unas veces me sentia yo preso ya por la tierra, y al retirar horrorizado mis piés le traia unido á ellos y volvia á quedar en la superficie; otras, si me detenia demasiado, él mismo se elevaba balanceando y me hacia crecer á tus ojos y como salir del seno de la tierra.

Tú te inclinaste á mi oido, y murmuraste una palabra señalándole: «¡Vampiro!» Una nube de sangre pasó por mis ojos y salté fuera....

Y nos apoyamos el uno en el otro: teniamos miedo y frio, tú llorabas; yo blasfemaba! En esto salió la luna! ¿te acuerdas? ¿te acuerdas lo que vimos? ¿Cómo habia de quedar bien oculto?....... ¡Estábamos, alma mia, sepultando un remordimiento en mi propio corazon!...

J. DE HUELBES.

PLEGARIA.

Todo cuanto en la tierra yo he querido
Huye de mí.
¿Qué pecado tan grande he cometido
Para sufrir así?

¿Por qué todos se alejan de mi lado?
¿Por qué en mi frenesí
Busco un algo más puro y elevado
De lo que miro aquí?

Y cuando pienso hallar la dulce calma,
Solo encuentro, ¡ay de mi!...
Un desierto fatal, donde mi alma
Llora y quiere morir.

—

¡Cuán horrible es mi ayer! Triste tributo
En aras ofrecí:
De ese fantasma que difunde el luto...
. . . .
. . . .
¡Oh! tiemblo al recordar lo que sufrí!

—

Tanto fué mi dolor, ¡oh Sér eterno!
Que hasta dudé de *ti*,
Y el fuego devorante del infierno
En mi pecho sentí.

—

Miré en la nada el anhelado puerto;
El más allá no vi;
Y he murmurado ante un sepulcro abierto,
¡Todo se acaba aquí!...

—

Vivir sin esperanza es un martirio,
Que no sé definir...
Ese vértigo horrible, ese delirio
Sin principio ni fin...

—

¡Contemplar frente á frente á la injusticia!
Y ver este festin,
Del que gozan el lujo y la avaricia
En consorcio feliz...

—

Y más allá rendidos de fatiga,
Hambrientos... sin vivir...
Séres que no oyen ni una voz amiga
A la hora de morir.

—

¿Por qué para unos el placer sin tasa
Y para otros gemir?
Duda terrible que la mente abrasa,
Yo su dardo sentí.

—

Sí; yo he dudado cuando no veia
Lo que más tarde ví:
Perdóname, Señor; cuando creia
Que todo acaba aquí.

—

Porque creyendo que este mundo encierra
Presente y porvenir,
Vale tan poco esta infecunda tierra,
Que no es digna de tí.

—

No es tu reino este valle de amargura
Do la injusticia ví;
Tú que eres todo amor, todo ternura,
¿Dónde te encuentras, dí?

—

¿En dónde estás, pregunto?.... ¡Desdichada!!
Que aún no te comprendí;
¡Quién si no tú, á mi mente conturbada
Mostró la luz que ví!!

—

¡Quién si no tú me dijo que hay un cielo
Donde acaba el sufrir!
¡Quién si no tú me dijo que hay un velo
Que se rompe al morir!...

—

¿Quién si no tú, Señor, pudo salvarme?
¡Por tí no sucumbí!
Cuando la duda venga á atormentarme
Apiádate de mí.

—

Cuando el llanto fatal brote en mis ojos
Viendo pasar y huir,
A séres que calmaron mis enojos
Con dulce sonreir.

—

Cuando exhale una queja de mis lábios
Que nadie escuche aquí,
Y hasta los ecos por hacerme agravios
Se callen para mí;

—

Entónces, ¡oh Señor! bueno y clemente,
Muéstrame que hay en tí,
Ese amor celestial y omnipotente
Por el cual yo viví.

—

Dame esa luz que el corazon inflama;
Quiero esperar, vivir!...
Quiero creer que si mi amor te llama
Tendrás piedad de mí.

Amalia Domingo y Soler.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE ARIZA Y RUIZ, ROSARIO NUM. 4.